

Este libro corresponde al tomo 161 de la colección Travaux de l'Institut Français d'Études Andines (ISSN 0768-424X)

© Por el Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima-Perú
Teléfonos: 330-74 10, 330-74 11
Telefax: 330-7405
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-512-6 (rústica)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5220 (rústica)
ISBN: 9972-42-513-4 (tela)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5221 (tela)

Impreso en el Perú - Printed in Peru
Primera edición, diciembre de 2002

Fotografía de solapa

Franklin Pease García Yrigoyen en el decanato de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en noviembre de 1998. Archivo Franklin y Mariana Pease.

Fotografías de carátula

Peruviae Auriferae Regionis Typus (1574), Diego Méndez. Biblioteca Nacional del Perú
Don Felipe Túpac Amaru I (siglo XIX), Anónimo. Museo Nacional de Arqueología,
Antropología e Historia del Perú

El Inicio de la Procesión (siglo XVII), Anónimo

La Procesión del Corpus Christi en el Cuzco. Arzobispado del Cuzco (Fotografía: Daniel Giannoni)

Chaco de vicuñas (detalle). *Trujillo del Perú (siglo XVIII)*, Baltasar Jaime Martínez Compañón (Fotografía: Daniel Giannoni)

Descensión de la virgen al lugar sagrado del Sunturhuasi, Anónimo. Iglesia del Triunfo, Catedral del Cuzco (Fotografía: Colección Privada)

FLORES ESPINOZA, Javier F., ed.
El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y./
Javier Flores Espinoza y Rafael Varón Gabai, eds.--
Lima: PUCP, 2002.

/PEASE GARCÍA YRIGOYEN, FRANKLIN/BIOGRAFÍAS/BIBLIOGRAFÍAS/
POBLACIÓN INDÍGENA/INDÍGENAS/ CONQUISTA/COLONIA/
ETNOHISTORIA/HISTORIOGRAFÍA/ICONOGRAFÍA/ETNOGRAFÍA/
ARQUEOLOGÍA/ANTROPOLOGÍA/HISTORIA/PERÚ/COSTA/SIERRA/
HISTORIA DEL ARTE/HISTORIA ECONÓMICA/HISTORIA DEMOGRÁFICA/
LINGÜÍSTICA/CRÓNICAS/

Los orígenes de la nación argentina: un tema que retorna

EN LA SEGUNDA mitad del siglo XIX, cuando la mayor parte de las nuevas naciones hispanoamericanas pusieron las bases de su historiografía, tomaron por tema central para ésta su historia nacional, entendida como la del surgimiento y maduración de una nacionalidad en el marco territorial que las divisiones administrativas imperiales —modificadas en más de un caso por las vicisitudes que habían marcado la transición a la independencia— habían legado a cada uno de los estados sucesores del imperio español.

La Argentina no fue, por cierto, la excepción. Entre la década de 1850 y la de 1880 el general Bartolomé Mitre, primer presidente de un país unificado bajo la égida de la constitución federal de 1853-60, organizó —en torno a la que en su primera versión había sido una sucinta biografía del doctor y General Manuel Belgrano— una poderosa narrativa del proceso del que iba a surgir la nacionalidad argentina, a la que presentaba como radicalmente distinta y aun opuesta, en sus rasgos definitorios, a las del resto de Hispanoamérica: su poblamiento por oriundos de los escasos rincones de la Península que participaban plenamente de las conquistas culturales del Renacimiento, era ya un capítulo de la expansión de la civilización europea en los albores de la modernidad, que iba a ser salvada de la regresiva feudalización cuyo legado negativo seguía pesando duramente sobre México y los Andes, por la heroica resistencia de las poblaciones nativas a ser incorporadas como etnias vencidas y subordinadas en la naciente sociedad colonial.

La experiencia comenzada bajo tan felices auspicios iba a seguir un curso igualmente venturoso, en el cual las potencialidades de esa sociedad tan apartada de las pautas dominantes en el resto de Hispanoamérica iban a realizarse plenamente, gracias a las insospechadas ventajas derivadas de un marco geográfico aparentemente inhóspito: esa llanura cubierta de enmarañadas malezas, que tenía tan poco que ofrecer a los ávidos conquistadores de las tierras del oro y la plata, pero que escondía una de las más vastas y fértiles praderas del planeta, estaba destinada a conocer una prosperidad en perpetuo avance, en el marco de la civilización mercantil que estaba apenas comenzando a nacer en el frente atlántico de Europa.

El presentimiento de ese futuro grandioso aceleró en la sociedad rioplatense la maduración de la conciencia de sí misma y del lugar que podía reivindicar en el

mundo, hasta tal punto que la crisis final del imperio español la encontró preparada para incidir en ella como un actor autónomo. Ello no impidió que por una década, la revolución de la que fue protagonista viviese en permanente tensión entre la exigencia democrática que la había inspirado, y las tendencias crecientemente oligárquicas de una dirigencia que había descubierto en el aparato estatal heredado del Antiguo Régimen, un instrumento imprescindible en el combate inesperadamente duro que debía librar contra los enemigos del nuevo.

En 1820, ese instrumento se deshizo en las manos de quienes durante esa década lo habían empleado con éxito para hacer de la revolución de Buenos Aires la única que la contrarrevolución no había logrado doblegar ni aun temporalmente; en lo que iba a ser la Argentina, ese estado central era reemplazado ahora por trece estados provinciales unidos por lazos que quedaba reservado al futuro definir y encuadrar institucionalmente. Mitre no hallaba demasiado que lamentar en ese desenlace: gracias a que en 1820, una revolución social había completado la política de 1810, la Argentina no tenía ya otro destino posible que esa democracia que había sido su secreta vocación desde el comienzo mismo de la presencia europea en el Plata. Pero se trataba aún de una democracia "inorgánica" y la tarea que quedaba por cumplir era organizarla, mientras la prosperidad argentina crecía a un ritmo cada vez más acelerado, destinado por otra parte a mantenerse por todo el futuro previsible.

Esta construcción historiográfica se justificaba con una muy precisa promesa en cuanto al porvenir, y en 1929 esa promesa parecía haberse cumplido con creces; en un marco constitucional que desde 1862 había superado con éxito varias crisis muy graves, la Argentina conocía desde 1912 una auténtica democracia de sufragio universal; desde 1810, las exportaciones de la agricultura pampeana habían multiplicado mil veces su valor, y esa robusta base económica había hecho ya posibles avances decisivos en la construcción de una sociedad que, en más de un aspecto, invitaba a la comparación con las europeas.

Pero precisamente entonces, la civilización mercantil y luego industrial que le había sido tan acogedora entró en misterioso derrumbe, mientras que a juicio de muchos, el avance de los totalitarismos en el Viejo Mundo anunciaba el eclipse definitivo de la democracia liberal. Aunque la Argentina atravesó la crisis económica con menos daño de lo que todo invitaba a temer, el alivio en cuanto al presente no eliminaba la incertidumbre acerca del futuro, y por añadidura, la herida abierta por la paralela crisis política se negaba a cicatrizar: la revolución militar que en 1930 introdujo la primera quiebra en la continuidad institucional inaugurada en 1862, dejó como legado una cruel parodia de la democracia de sufragio universal, en la que el veredicto del electorado era cada vez más sistemáticamente corregido por el fraude. De pronto los argentinos podían descubrir que la promesa sobre la cual se había edificado esa primera narrativa del nacimiento y consolidación de la nacionalidad no estaba destinada a cumplirse; no ha de extrañar que a partir de ese descubrimiento menudearan las propuestas de otras narrativas históricas que aspiraban a desplazar a la que la historia en curso había venido a desautorizar.

Todas esas propuestas no coincidían sino en el cuestionamiento de la premisa central de aquella que se proponían reemplazar; a saber, que el surgimiento de la nación en un territorio admirablemente dotado por la naturaleza para erigir, en él,

una economía complementaria de las industriales que estaban surgiendo en el Atlántico Norte, era un brillante capítulo en el avance de la civilización liberal y capitalista, cuya conquista del planeta entero era la meta última que la aventura histórica de la humanidad estaba cerca de alcanzar. Sus propuestas del futuro comenzaron por ser tan variadas como sus rebosadas imágenes del pasado: iba a ser necesaria todavía más de una década para que surgiera un consenso dominante en torno a la que proponía la industrialización orientada hacia el mercado interno como una opción permanente. Pero, desde que esa propuesta fuera llevada al triunfo en 1946 por el peronismo, ella sobrevivió por largas décadas tanto al derrocamiento del régimen que se había identificado con ella, como a una sucesión de esfuerzos cada vez más enérgicos por dejarla atrás, hasta que en 1991, cuando el país vacilaba ya al borde mismo del abismo, otro gobierno peronista impuso un violento cambio de rumbo. Aunque logró impedir la catástrofe final, este cambio sólo pudo asegurar una supervivencia económica demasiado precaria como para que desde entonces, una opinión absorbida por los duros dilemas que esa precariedad la obliga a afrontar a cada paso, se atreviera a extender su mirada hacia el futuro, más allá del breve tramo del mismo que puede esperarse todavía sometido al imperio de cada uno de esos sucesivos dilemas.

Desde entonces no sólo se hizo evidente que esas dos narrativas rivales de la génesis de la nacionalidad, que aspiraban ambas a legitimarse mediante una apuesta acerca del futuro, la habían perdido por igual. Por añadidura, un escepticismo más radical sobre la legitimidad de toda gran narrativa hizo dudar de la necesidad de optar por alguna de ellas. Como es sabido, ese escepticismo vino a imponerse después del fracaso de otras apuestas de futuro infinitamente más ambiciosas que las que por décadas se habían disputado el favor de los argentinos, ya que el terreno que se disputaban cubría el pasado, el presente y el porvenir de toda la humanidad.

Como se advierte, ya antes de que entrara en crisis la noción misma de narrativa, el redescubrimiento de que toda historia es una historia universal hacía difícil retener a la nación como el ámbito privilegiado para la construcción de estas narrativas. Fue en ese momento crepuscular cuando afloró la propuesta de un ámbito alternativo al de la nación como marco para la investigación histórica: era el de la formación económico-social. Aunque esta noción —integrante del aparato conceptual con que Althusser aspiraba a justificar plenamente y por vez primera a la reivindicación del marxismo como saber científico— no iba a permanecer por mucho tiempo en el horizonte de los historiadores, en la Argentina dejó una contribución permanente a la imagen de la economía y la sociedad coloniales que tenía poco que ver con su propuesta programática. Al aplicarla, los seguidores argentinos de Althusser fueron los primeros en abordar de modo sistemático la historia económico-social del Río de la Plata colonial como un capítulo de la de la América española; desde entonces ha sido imposible abordarla de otra manera.¹ Con ello, no es necesario decirlo, el itinerario de la nacionalidad, tal como había sido trazado por Mitre, veía desdibujarse irrevocablemente a su primer tramo.

1 En particular en las contribuciones de Carlos Sempat Assadourian y Juan Carlos Garavaglia en C. S. Assadourian et al. (1973).

Aun así, la erosión de la narrativa centrada en la génesis de la nacionalidad sólo iba a consumarse por entero luego de que el creciente escepticismo frente a la noción misma de gran narrativa le devolviera su actualidad a la actitud que Ranke había anticipado en la célebre fórmula en que invitaba a ver y apreciar a cada época “en sí misma, como ante Dios”. Sus efectos se hicieron sentir sobre todo en lo que respecta a la economía y la sociedad de la campaña pampeana y litoral, cuya imagen se ha enriquecido en la última década y media con una abrumadora multitud de rasgos hasta la víspera insospechados, gracias a la labor tenaz de una nueva promoción de investigadores.² Sus esfuerzos han sido tan abundantemente recompensados gracias a que su exploración de la historia social de la campaña en la etapa colonial tardía ya no buscaba en ella tan sólo la prehistoria del surgimiento del capitalismo agrario, lo que había sido el objetivo de sus predecesores.³

Ese nuevo temple, que halla más urgente hacer justicia a la riqueza y complejidad de cada momento histórico que da cuenta del proceso que los vincula a todos, iba a hacerse sentir también en la historia política, y también en este campo iba a tener un papel esencial la nueva atención que se prestaba al contexto hispanoamericano. Sin embargo, aquí su gravitación iba a sentirse algo más tardíamente, cuando los historiadores argentinos ya se habían encuadrado en unas estructuras académicas que gozan, desde la restauración democrática de 1983, de una estabilidad que por décadas había parecido irrecuperable. Desde ellas se han integrado en una comunidad internacional de estudiosos del mundo ibérico que toma por tema de reflexión el desenlace de la crisis final del imperio español, en el curso de la cual el surgimiento de una constelación de estados sucesores —que unas décadas después buscarán consolidarse como estados nacionales— se entrelaza íntimamente con el no muy rectilíneo avance del principio representativo a la adopción de las pautas propias del individualismo moderno.⁴ Esa renaciente curiosidad colectiva da testimonio de que la pérdida de favor de las grandes narrativas no ha conseguido eliminar el interés por la historia como proceso del horizonte de los historiadores.

* * *

En la Argentina, ese interés ha fructificado recientemente en un importante libro que vuelve a abordar el problema de la génesis de la nación. Se trata de *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la nación argentina (1800-1846)*, de José Carlos Chiaramonte.⁵ Una de las razones que lo hace importante es la riqueza de las sugerencias disparadas hacia los más variados cuadrantes temáticos y problemáticos que el lector encontrará en él. Aquí se cometerá una injusticia, quizá inevitable, al tomar en cuenta toda esa riqueza tan sólo en la medida en que gracias a ella, esa

2 Sobre esto véase a Juan C. Garavaglia y Jorge Gelman (1985).

3 A partir de Ricardo Levene (1927-28).

4 De ello da testimonio su presencia en una serie de publicaciones que recogen las colaboraciones a otros tantos simposios consagrados a ese nudo temático: Annino, comp. (1987); A. Annino, L. Castro Leiva, F.-X. Guerra, comps. (1994); Annino, comp. (1975); Posada Carbó, comp. (1996); Sabato, coord. (1999).

5 Véase el volumen I de la *Biblioteca del Pensamiento Argentino*.

obra ofrece un testimonio particularmente relevante de las incógnitas planteadas por el retorno de los historiadores al tema de la génesis de la nacionalidad.

Ese retorno invita, en primer término, a preguntarse si es posible volver al tema sin renunciar a la abigarrada riqueza que el paisaje histórico ha adquirido durante la etapa en que ese tema estuvo en receso, por así decirlo. Anticipemos desde ya la conclusión que en cuanto a este punto surgirá del examen de una obra tan rica en sugerencias: si el origen de la nación puede resurgir como un legítimo problema historiográfico, en medio de un paisaje histórico tanto más rico que el que se desplegaba ante los ojos de Mitre cuando éste hizo de la génesis de la nacionalidad el tema central de la historia argentina, es porque se ha renunciado implícitamente a esa misma centralidad.

Pero aquí se hace difícil no preguntarse también si al perder su centralidad, para transformarse en un tema más entre los que pueden atraer la atención del historiador, el origen de la nación no está destinado a adquirir un sentido menos unívoco que en el pasado, ya que es susceptible de ser encarado desde perspectivas tan variables como las curiosidades que llevan a cada historiador a abordarlo. Y también en este punto, el resultado de esta exploración invita a una respuesta afirmativa.

José Carlos Chiaramonte aborda la temática de la nacionalidad luego de una extensa trayectoria como historiador. A lo largo de ella, ni las adversidades que le deparó, como a tantos otros, la convulsa etapa argentina que le tocó vivir (y que en su caso incluyó largos años de destierro en México), ni su constante —y nunca totalmente satisfecha— búsqueda del marco teórico capaz de avalar la plena validez científica de su trabajo de historiador —que lo ha llevado cada vez más lejos del muy ortodoxo marxismo de su punto de partida—, le han impedido producir obras que significaron otros tantos jalones en el avance de la historiografía argentina.

En 1991, *Mercaderes del Litoral* reflejaba la transición a la etapa más reciente de esa trayectoria. Esta recopilación de escritos, fechados entre 1974 y 1985, recogía los resultados de una investigación comenzada en 1970 en torno a un tema clásico en la historiografía argentina: el conflicto, que en las décadas de 1830 y 40 tuvo un fuerte impacto político, entre el librecambismo porteño y un proteccionismo que encontró su paladín más decidido en Corrientes. En 1914, en *Las guerras civiles argentinas*, Juan Álvarez había buscado la clave para el inesperado protagonismo de esa provincia marginal en las limitaciones de su economía, que la hacían vulnerable al impacto de cualquier apertura mercantil. Previsiblemente, los historiadores marxistas —y no sólo ellos— iban a proyectar este mismo conflicto sobre el horizonte de una lucha entre clases y fracciones de clase. El título mismo de su libro de 1991 parece sugerir que para ingresar en el tema, Chiaramonte había comenzado por tomar ese camino. Pero bien pronto iba a trasladar el foco de su atención a la construcción, en Corrientes, de una estructura estatal excepcionalmente madura y compleja, en la cual reconocía un correlato de la complejidad que conservaba la sociedad correntina, menos afectada que las restantes del Litoral por el avance unilateral de la ganadería. Pronto pudo concluir que en esa construcción, la opción proteccionista que había llevado al choque con el librecambismo porteño había ocupado un lugar sin duda no insignificante, pero de ningún modo central. Al pa-

sar así al primer plano al tema del estado, Chiaramonte imprimía a sus perspectivas históricas un giro que iba a seguir gravitando sobre sus contribuciones a la temática del origen de la nacionalidad.

Aun así, este giro no lo iba a llevar todavía a resolver, sin residuos, el problema de la génesis de la nacionalidad en el de la del estado. En un importante artículo de 1989, abriéndose a las sugerencias de otro enfoque histórico en avance, Chiaramonte aspiraba a la vez a ubicar esta génesis en el marco de la competencia entre tres identidades colectivas (la que aún no se llamaba Argentina, las provinciales y la americana) que se disputaban la lealtad de las poblaciones de las desunidas Provincias Unidas. Esas tres identidades se referían a otras tantas “formas alternativas de satisfacer la necesidad de organizar un nuevo estado que suplantase al dominio hispano”, cuya “conflictiva coexistencia” era, a su juicio, una de las consecuencias de la “no existencia de una sociedad, una economía, un mercado de contornos superiores al ámbito provincial”. Esto se reflejaba en “la inexistencia también de una clase social con un grado de desarrollo espacial de la amplitud geográfica que posteriormente correspondió al estado nacional argentino, y con un grado de maduración del que carecían las burguesías mercantiles coloniales” (Chiaramonte 1989; la cita en la p. 72).

Como se ve, la apertura a esa nueva problemática centrada en la génesis de las identidades colectivas, se acompañaba de un retorno a las posiciones más tempranas de Chiaramonte, tal como se podía descubrir aún más claramente en un escrito de 1981, incorporado diez años después como introducción al volumen que dedicó a la economía y sociedad de Corrientes en la primera mitad del ochocientos.⁶

La indudable originalidad de la imagen del siglo XIX argentino que Chiaramonte trazaba en 1981 —para la cual la sociedad rioplatense, afectada de modos localmente muy distintos y con intensidad también muy desigual por la expansión de la economía exportadora, había buscado primero a tientas y, a partir de 1852, con una clara noción de su objetivo, el marco político adecuado a un equilibrio social en constante transformación— no impedía que al trazarla avanzase por un camino que había comenzado a ser desbrozado en las dos décadas anteriores, de lo que daban, por otra parte, testimonio los títulos abundantemente invocados en sus notas a pie de página.

Nada de eso en *Ciudades, provincias, estados*, donde Chiaramonte presenta como predominantemente conflictiva a su relación con el momento historiográfico en que dicha obra viene a insertarse. Esa nueva actitud había tenido su preanuncio en dos breves escritos recogidos en 1991 en *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana*. Allí alertaba contra la inclinación a retrotraer el punto de origen de las nacionalidades surgidas en los estados sucesores del imperio español a la crisis de éste y aun a la etapa colonial, proyectando anacrónicamente hacia el pasado una noción que sólo iba a ser acuñada bajo el signo del nacionalismo romántico. En esa preocupación por los peligros del anacronismo, Chiaramonte ve-

6 “Introducción. La cuestión regional en el proceso de gestación del estado nacional argentino”, en J.C. Chiaramonte (1991b: 49-50, 54). El texto recoge una ponencia presentada en el simposio sobre “La cuestión regional como cuestión nacional en América Latina”, celebrado en El Colegio de México en noviembre de 1981.

nía a coincidir con la corriente de estudios arriba mencionada sobre la crisis que puso fin al dominio español en la América continental. En su mirada a la transición abierta por el fin del Antiguo Régimen, ella descubría hasta qué punto había sido tortuoso y contrastado el avance hacia el individualismo político, que una visión igualmente anacrónica había presentado como una consecuencia inmediata de esa crisis; también denunciaba la huella de ese anacronismo cada vez que la invocación a “los pueblos”, tan frecuente en los textos originados durante la crisis de la monarquía, era leída como una referencia al pueblo, concebido como un conjunto de ciudadanos individuales, que caracteriza a la noción moderna de representación.

Aunque la denuncia —por otra parte plenamente justificada— de ese ejemplo específico de anacronismo encuentra también su lugar en *Naciones, provincias, estados*, ese lugar es más modesto que el reservado a ese otro ejemplo ya denunciado en *El mito de los orígenes*. En parte ello se debe a que los aspectos de la transición sobre los cuales esa corriente había ofrecido sus aportes más esclarecedores, habían tenido un limitadísimo impacto sobre el futuro territorio argentino. Si, como recuerda Chiaramonte, la afirmación del apoderado del Cabildo de la ciudad de México (“dos son las autoridades legítimas que reconocemos, la primera es de nuestros soberanos, y la segunda de los ayuntamientos”) era válida también para Buenos Aires en el punto inicial de la crisis imperial, pronto la revolución rioplatense iba a tomar un camino distinto (Chiaramonte 1997: 63). Esto hizo que ya en 1813, la Canción Patria pudiese coronar el llamamiento al combate que dirigía a los que en lenguaje tradicional seguía denominando “pueblos de la ínclita Unión”, con la glorificación del “gran pueblo argentino” como héroe colectivo de la hazaña que estaba levantando “a la faz de la tierra una nueva y gloriosa nación”. Pero quizá se debe más aun a que Chiaramonte parece concentrar su interés, antes que en las ambigüedades de la transición de la colonia a la república, en las preguntas que suscita la posterior “historia anárquica argentina de la mayor parte del siglo XIX”, para las cuales propone una respuesta que innova significativamente la visión recibida de ese período.

Innova sobre todo —se diría— por los argumentos con que la funda. En efecto, si cotejamos las conclusiones que deduce de ellos con las dos interpretaciones de esa etapa que nos legaron los fundadores de la historiografía nacional —la de Vicente Fidel López, para quien, con la disolución, en 1820, del aparato estatal que había dirigido el combate por la independencia desde Buenos Aires, el glorioso primer capítulo en la historia del estado nacional había sido clausurado por una catástrofe de la que éste nunca había podido recuperarse del todo; y la de Bartolomé Mitre, para quien esa disolución, que había consagrado el triunfo de la “democracia inorgánica”, era en verdad el momento inaugural de esa historia—,⁷ no hay duda de dónde se ubica Chiaramonte.

Ello no impide que desde el momento mismo en que entra a encarar el “problema regional como problema nacional”, Chiaramonte recuse enérgicamente la

7 Sobre este punto contamos ahora con los esclarecedores análisis de Natalio Botana (“Mitre y Vicente Fidel López: dos interpretaciones de la revolución argentina”, primera parte de Natalio R. Botana 1991).

noción de que “la historia de ese anárquico y despiadado siglo XIX” es “la de una nación que demora en fraguar por resistencias internas ... pero indudablemente existente, aun en los peores momentos de aquella ‘anarquía’ de la primera mitad del siglo”. Tal como se ha anotado más arriba, suponer que así estaban las cosas importaba, a su juicio, incurrir en el anacronismo “de dar por realmente existente, en aquel lapso que se cierra a mediados de la centuria, lo que encontramos realizado al culminar la segunda parte del siglo”.⁸ Notemos, sin embargo, que esa recusación sólo es plenamente válida para las versiones más toscas de las que recogen la herencia de Mitre; lo que éste postula es que el Río de la Plata ha vivido un proceso de construcción nacional abierto por la conquista española y nunca interrumpido desde entonces. Y aunque este equivalente criollo de la versión *whig* de la historia inglesa, que la concebía como un constante avance hacia un objetivo presente como tal (pero sólo como tal) desde el momento inicial, presenta muchos flancos débiles, pretender ignorar lo que todos saben no es uno de ellos. En suma, Mitre había ya encarado, con un ánimo triunfalista que muy pocos estarían hoy dispuestos a compartir, el mismo “proceso de gestación del estado argentino” que Chiaramonte buscaba esclarecer en su ensayo de 1981. Desde luego que éste se apoya en una clave distinta de la preferida por Mitre, quien —a la vez que subrayaba la dimensión político-militar de esa “historia anárquica”— reservaba el centro de la escena para las masas que en 1820 habían deshecho el marco político demasiado estrecho de las instituciones coloniales, hasta entonces instrumentadas por el poder revolucionario. Chiaramonte va a interesarse más decididamente por la dimensión institucional del proceso abierto en 1820, y colocará en el centro de su problemática el surgimiento de la provincia como “una dimensión, la más sólida, de lo que podemos llamar región en la Argentina de la primera mitad del siglo XIX”. “Provincia-región —agrega— sólo en la medida en que consideremos un espacio mayor que la engloba, el definido por la débil relación que aun en los momentos de mayor fragilidad de los lazos que las unían, continuaron manteniendo las provincias que integrarían la República Argentina”. Es precisamente la debilidad de ese nexo la que tiene por contrapartida el surgimiento de las provincias como entidades soberanas, que les confiere “un status distinto y más complejo que el regional”. Hay en particular dos aspectos de ese surgimiento que a su juicio requieren ser indagados, a saber, “por qué la disolución de la antigua estructura virreinal cristaliza en unidades de esas dimensiones, de esa naturaleza”, pero también “el por qué de la no desaparición de todo vínculo entre ellas, de manera que a lo largo del siglo el proceso de nación logró sobrevivir hasta llegar a tiempos más propicios” (Chiaramonte 1991b: “Introducción”, 26).

Chiaramonte propone una única clave para responder a ambas interrogantes: el tortuoso camino que llevó a la instauración de un estado central para toda la Argentina, que sólo iba a completarse gracias a la victoria del mismo sobre el de la primera provincia en la guerra civil de 1880, se entiende mejor cuando se lo vincula con el no menos tortuoso que tuvo como punto de partida la hegemonía de

8 “Introducción. La cuestión regional en el proceso de gestación del estado nacional argentino”, en Chiaramonte (1991b: 21).

una clase mercantil durante la tardía colonia, cuyo predominio se apoyaba en el influjo que su control monopólico de la circulación le aseguraba sobre la esfera de la producción. Golpeada por las consecuencias de la revolución, la guerra y la apertura mercantil, esa clase debió ceder espacio a las hegemonías regionales de “burguesías mercantiles o mercantil-rurales, que controla[ba]n la producción y comercio locales”, y cuyo creciente protagonismo socioeconómico tuvo como correlato, a partir de 1820, al protagonismo político del estado provincial, sólo eliminado del todo en 1880 gracias al acceso a la hegemonía “de una clase nacional, distinta de los grupos particularistas” que habían caracterizado “la historia anárquica argentina de la mayor parte del siglo XIX”.

Mientras llegaba el momento del triunfo de la “clase nacional”, que era también el del estado nacional, la coexistencia de la burguesía mercantil-usuraria y sus rivales regionales se reflejaba en la constante tensión entre el “particularismo”, que signaba las orientaciones políticas de las provincias hegemónicas por éstas, y la ambición nunca del todo abandonada de dar al espacio rioplatense una organización política que excediese el marco provincial. Esta tensión se resolvía en un abierto conflicto cada vez que esa ambición inspiraba proyectos constitucionales cuyos reiterados fracasos no deben sorprender, dada la flaqueza de su base de apoyo en la sociedad, que no era otra que la proporcionada por la “burguesía comercial-usuraria”. En suma, esa “historia anárquica argentina” es la de una comarca que se debate por décadas ante un dilema que es tan incapaz de resolver como de ignorar.

La historia que subtiende los análisis textuales de *Ciudades, provincias, estados* ya no es exactamente la misma: las burguesías regionales y el particularismo que caracteriza a sus expresiones políticas, que son las provincias, ocupan más decididamente el primer plano, en tanto que la atención que tantos historiadores se obstinan en prestar a “la no desaparición de todo vínculo entre ellas” es achacada a una visión del proceso que no sólo lo contempla desde su punto de llegada, sino que también incurre en el anacronismo de asignar a sus etapas rasgos previos que iban a aflorar tan solo cuando alcanzara su desenlace.

¿A qué se debe ese cambio de perspectiva? En este punto no se puede ir más allá de la conjetura, y dos vienen aquí a la mente. Una invita a relacionarlo con el lugar central que Corrientes ha venido a ocupar en la agenda de investigaciones de Chiaromonte. Aunque lo que lo atrajo particularmente a esta provincia fue lo que la diferenciaba de todas las restantes, podría quizá temerse que la larga familiaridad con ella —que dio su fruto en la admirablemente precisa y detallada reconstrucción de su estructura económico-social incluida en *Mercaderes del Litoral*— le llevase a proyectar algunos de los rasgos allí descubiertos, y cuya excepcionalidad en la comarca rioplatense insistía en subrayar, sobre el más vasto marco de esa comarca, para el resto de la cual no contamos con reconstrucciones de precisión comparable a la que él nos dio para Corrientes.

Con todo, no creo que ésta haya sido la razón decisiva, ya que la experiencia correntina, tan excepcional en otros aspectos, sólo lo fue en sus relaciones con las demás provincias rioplatenses, en la medida que su excéntrica situación geográfica le permitió sostener más tenazmente unas reivindicaciones que las otras se reconocieron rápidamente incapaces de mantener, frente a la cada vez mejor consolidada hegemonía del Buenos Aires rosista. Y esa defensa más tenaz hace que, en los alega-

tos correntinos, se despliegue más plenamente un aspecto del particularismo provincial que Chiaramonte subraya con razón, y que no es de ningún modo exclusivo de Corrientes: lejos de favorecer la fragmentación del espacio económico rioplatense, ese particularismo aspira a la vez a su integración más plena y a ponerla al servicio de los intereses particulares de cada provincia.

En consecuencia, Corrientes ofrece un ejemplo particularmente persuasivo de la situación creada en la región rioplatense durante la larga etapa en que la coexistencia de esas burguesías heterogéneas se reflejó a la vez en la rápida consolidación de los estados provinciales, y en la persistente y siempre frustrada ambición de exceder su marco. Si ese equilibrio entre dos tendencias a la vez complementarias e incompatibles se rompe en *Ciudades, provincias, estados*, ello se debe —más que al papel cada vez más importante que Chiaramonte asigna al marco institucional como instancia mediadora entre una sociedad marcada por la conflictiva coexistencia de esos sectores burgueses, y una vida política azotada por las periódicas convulsiones de nuestro “despiadado y anárquico siglo XIX”— a su decisión de buscar esclarecimientos con los cuales explorar aquel marco en los tratadistas de historia y de derecho constitucional.

Es una decisión que no estoy seguro de que debamos celebrar, en buena medida porque el derecho constitucional (y aun la historia constitucional practicada, como es frecuentemente el caso en la Argentina, por estudiosos de formación jurídica) debe necesariamente encarar las nociones que interesan a Chiaramonte desde una perspectiva que las desglosa tanto del contexto histórico en cuyo marco han entrado en circulación, cuanto de las posteriores transformaciones de ese contexto, puesto que esas nociones aspiran a retener su vigencia a través de todas ellas (es éste, sin duda, un aspecto esencial de la diferencia a la que alude Joaquín Varela Suanzes-Carpegna [1983: 1] cuando previene que su estudio sobre la teoría del estado en las cortes de Cádiz, del que tanto han aprendido los historiadores, no es un trabajo de historia constitucional, sino de dogmática constitucional).

Es esa apertura a los criterios del derecho constitucional la que lleva a Chiaramonte a reconocer un indicio particularmente fidedigno del peso relativo de esos dos impulsos rivales a la vez que complementarios en la frecuencia — por otra parte, bien conocida por los historiadores del tema— con que a partir de 1828, los participantes en reuniones interprovinciales las proclaman sometidas a los mismos principios del derecho internacional que rigen los congresos diplomáticos en que participan estados soberanos, pese a que —como por otra parte advierte muy bien, y no deja de subrayar— lo hacen en un contexto en que la presencia o ausencia de un marco nacional que englobe a los provinciales es un punto contencioso que emerge una vez y otra, y —como subraya también— los participantes en ellas oscilan entre una y otra posición por razones claramente oportunistas.⁹ Esto

9 Así, en el Congreso Constituyente de 1824-27, los representantes de varias provincias interiores alegaron la existencia previa de la nación para reivindicar su derecho a participar en las rentas de aduana que percibía Buenos Aires, y la usaban para negarle al Congreso las atribuciones para crear un ejército nacional en una nación que sólo tendría existencia cuando se hubiese dado una constitución; en ambos casos, los representantes de Buenos Aires sostuvieron la posición opuesta (*loc. cit.* n. 8, p. 91).

sugiere lo que tiene de problemático el vínculo que postula Chiaramonte entre las posiciones asumidas en el debate, exquisitamente jurídico, acerca de la primacía de un estado nacional que por el momento existe sólo en proyecto frente a la del provincial, y las opciones favorecidas en el momento de escoger entre la "identidad colectiva" de la provincia y la de una nación, que no es seguro que en ese momento haya llegado, ella misma, a ser algo más que un proyecto.

Aunque no es ésta la única ocasión en que el lector se atreve a dudar de que la apertura al derecho constitucional haga más fácil vincular las vicisitudes de la historia social de esa etapa ríoplatense, con las de la rivalidad entre esas identidades colectivas a través de la problemática institucional que Chiaramonte ha decidido explorar bajo su signo, que la que —en la imagen que de esa etapa había trazado con pulso seguro en su ensayo de 1981— postulaba un lazo menos mediado entre las tensiones de la sociedad y las tormentas de la política. Pero esa duda no impide reconocer que en *Ciudades, provincias, estados*, Chiaramonte ha venido a enriquecer de modo decisivo una perspectiva acerca de la génesis de la nación que tiene hondas raíces en nuestra tradición historiográfica. Como el título del volumen lo indica, esa génesis sigue siendo, para él, un avance de la ciudad a la nación a través de la provincia.

Al llegar aquí, el lector habrá quizá comenzado a temer que las discusiones a las que incita una obra tan rica en sugerencias están destinadas a avanzar hasta el infinito por los innumerables caminos que ellas mismas incitan a recorrer. Y ese temor totalmente justificado nos dice, me parece, algo esencial sobre lo que ha cambiado entre la historia de la nación como sujeto colectivo, que la historiografía liberal-nacionalista había concebido como el tema central necesario para la historia nacional, y la que hoy renace como historia de una más entre las *imagined communities* (para decirlo en el lenguaje de Benedict Anderson), destinada a compartir un lugar en el imaginario colectivo con otras comunidades con las cuales mantiene relaciones más complejas y ambiguas que las de una mera rivalidad. Es la gravitación del campo en que todas ellas establecen relaciones infinitamente ricas en matices y en posibilidades, el que hace que el tema del génesis de la nación, que vuelve hoy a la atención de los historiadores, se revele a la postre tan imposible de acotar como de agotar.

Bibliografía

- | | |
|--|-------------------------------|
| Annino, comp., 1975, 1987. | Garavaglia y Gelman 1985. |
| Annino, Castro Leiva y Guerra, comps., 1994. | Levene 1927-28. |
| Assadourian et al. 1973. | Posada Carbó, comp., 1996. |
| Botana 1991. | Sábato, coord., 1999. |
| Chiaramonte 1989, 1991a, 1991b, 1997. | Varela Suanzes-Carpegna 1983. |